

CRÓNICAS PERSONALES

Las dulces horas del tebeo "Pulgarcito"



TERENCI MOIX

Escritor

MI AMIGO VICENS Palomares, conversador fantástico y formidable receptor de recuerdos comunes, organiza en el Museu del Còmic —otro cofre dorado de la memoria colectiva— una oportuna exposición sobre los años dorados de la revista infantil "Pulgarcito". Años que fueron muchos, pero que yo concentro lógicamente en los que corresponden a mi infancia y adolescencia. No creo, por cierto, que mis lectores se resistan a hacer lo mismo. Después de todo, ¿quién no tembló de miedo con las aventuras del inspector Dan, de Eugenio Giner; quién no quiso ser tan travieso como Zipi y Zape, de Escobar; quién no se enterneció con las peripecias del obeso más entrañable del mundo: el Gordito Relleno, de Peñarroya? Y eso para citar a unos personajes al azar porque igual fama tuvieron el reportero Tribulete, de Cifré; el frenético Loco Carioco, de Conti, o la desmadrada familia Pepe, de Irazo. En cuanto al gran Ibáñez, que por fortuna sigue activo, basta citar los embolados gigantes de la familia Cebolleta —el abuelo y sus batallitas— y aquellos formidables prototipos que fueron las hermanas Gilda —Leovegilda y Hermengilda—, si se sirven recordar.

Pocas personas como Palomares para restituirmos esos momentos mágicos de nuestras vidas. Su experiencia de un cuarto de siglo en las mesas de Editorial Bruguera le capacita

¿QUIÉN NO QUISO SER travieso como Zipi y Zape; quién no se enterneció con las peripecias del obeso más entrañable, Gordito Relleno?

para convertirse en prestidigitador de nuestro imaginario pero también para revelarnos, con sabia indiscreción, lo que había detrás de cada página de "Pulgarcito". Esto, que resulta útil para testimoniar sobre los aspectos más patéticos de una época —Palomares ha escrito mucho sobre las atrocidades de la censura de prensa bajo la dictadura— esto, digo, no es necesario para restituir hoy los aspectos más deliciosos de nuestro "Pulgarcito" y comprobar, no sin asombro, que sus dibujantes se convirtieron en testigos de su tiempo y en artífices de un humor auténticamente catalán en una época en que expresarse en este idioma era impensable. Al igual que hiciera Benejam, autor de la inmortal familia Ulises del "TBO", nuestros personajes favoritos hablaban como Andreu Buenafuente antes de que este excelente amigo pensase en nacer.

No sé si habría nacido Andreu —acaso sí la Padrina— cuando publiqué mi libro "Los cómics, artes para el consumo y formas pop"

(1968). Conoció una extraordinaria repercusión que debo atribuir a la fuerza de la memoria, más que a mis capacidades analíticas. Entonces andábamos en el coñazo de mezclar el estructuralismo con el marxismo leninista, todo ello aprendido de revistas extranjeras no siempre bien leídas. De aquí que la parte más válida de mi libro —que por cierto no he permitido reeditar hasta nuevos arreglos— consista en la aproximación a los tebeos nuestros, los de la posguerra, los que llegaban a la calle Ponent. Funcionó de nuevo la parte de la memoria que más enriquece al creador: la que sabe emocionarse con su propio caudal. La que aprendió a querer a Gordito Relleno y a Carpanta y, por extensión, a los dibujantes que los crearon.

Tuve la suerte de conocer a algunos de ellos.

Aunque mejor debería decir fortuna, pues esto era para todo niño mitómano el conocimiento directo de los seres admirados. Traté sobre todo a Escobar —seguí sus cursos de dibujo humorístico por correspondencia— y muy especialmente a Peñarroya con cuyas hijas, Carmen y Mercè, mantuve una inolvidable amistad de adolescencia. Fue en Sitges, en veranos muy lejanos, 1953, 1955... ¿qué sabe uno, a esas alturas! Como yo era un niño reactivo a la siesta —a no ser que pudiera releer una y otra vez "Sinuhé el egipcio", escondido entre las sábanas— solía escaparme para ver dibujar a Peñarroya. He dicho miles de veces que el cine de los sábados, los tebeos del jueves y los libros de la colección Cadete —un homenaje, aquí, a don José Mateu— pusieron en mi vida toda la luz que el pesado entorno le negaba. Se comprenderá, así, que contemplar a mi dibujante más admirado en el momento de la creación era un privilegio enorme. Similar al que habría experimentado si alguien me hubiese permitido asistir a un rodaje cinematográfico, en los estudios de la Metro, con Ann Blyth y Edmund Purdom entonando los cantables de "El príncipe estudiante". Simples sueños de niño "somnia-truites", pensarán algunos. Tal vez sí, pero en el recuerdo se imponen las imágenes con una fuerza brutal. Máxime si al final, como en este caso, aparece la muerte. De esta anécdota me importaba destacar un hecho: las historietas de Don Pío, que Peñarroya dibujaba aquel verano (y que conservo todavía como un documento inapreciable), reflejaban todas las peripecias que un público de clase media sufría en Sitges, cuando las playas todavía no habían sido invadidas por la oleada turística. Releyendo, actualmente,

aquellas historietas, me doy cuenta de que cada recuadro era un esbozo de la realidad que todos vivíamos. De aquellos dibujos tan simpáticos vuelve a salir, cuarenta años después, la evidencia de un testimonio y el impacto de la ternura. Sería absurdo pedir a Pe-

SERÍA ABSURDO PEDIR A Peñarroya y a los de su generación un compromiso que no podían ofrecer: eran republicanos de corazón

ñarroya y a los dibujantes de su generación un compromiso que no podían ofrecer. Todos eran republicanos de corazón —es decir, gente que había perdido la guerra— y se vieron obligados a asumir la ley del embudo para sobrevivir. Imposibilitados para la crítica por los cerdos de la censura, tuvieron que contentarse siendo costumbristas, y en esto sí fueron verdaderos maestros. Pero, además, tuvieron el genio de introducir una serie de rasgos caracterológicos que bastaban para representar el pesimismo de la época. Recuérdese a Carpanta, de Escobar, siempre con los sueños depositados en un pollo imposible; o la tremenda Doña Urraca, de Jorge, que siempre tenía a sus espaldas un entierro o una casa en derrumbe. Es decir: siempre había un momento en que nuestros sueños tropezaban con la vida.

Es posible que, en el fondo, Don Pío fuese el propio Peñarroya, con lo cual el "ninotaire" (un mote que le gustaba mucho) trataba de explicarnos a todos nosotros con los únicos medios que le estaban permitidos: un humor de buena persona, como recalco hace años Ivan Tubau en un excelente ensayo sobre el humor en España.

Los dibujantes de "Pulgarcito" trabajaron mucho y muy duro y, tengo entendido, que sin derechos de autor sobre su obra. Algún día habrá que volver seriamente sobre este grado de explotación; de momento, baste recordar que el legado de Peñarroya y sus compañeros llegó a ser más alto que la montaña de la Paramount. Durante treinta años entregaba tres y cuatro historietas semanales, sin contar los chistes diarios que publicaba en "El Noticiero Universal" sobre dos temas que a él le gustaban y que yo he desconocido y desconoceré siempre: el fútbol y el Barça. Una abundante obra, insisto, que correspondía a las necesidades económicas diarias, inmediatas, porque esto no es Estados Unidos, y era muy difícil que un dibujante se hiciese millonario como el señor Schulz, con su Charlie Brown traducido a treinta idiomas.

Don Pío, Gordito Relleno, Don Berrinche, Pedrusco Bruto, Cucufato Pi, Don Furcio Buscabollos, Silver Roy... no serían traducidos, pero quedaron para siempre en el recuerdo de una generación que vivió de ellos. Nos pertenecieron tanto que ahora, a pesar del tiempo que llevo sin leer tebeos, he reconocido que, gracias a "Pulgarcito" y a su revista hermana, "DDI", fui un niño modernamente feliz cuando el mundo se había olvidado de serlo. ●



Gordito Relleno, personaje creado por Peñarroya en los años cincuenta